

REFORMA SIGLO XXI

SÁBADO POR LA NOCHE

■ ■ Yasmín Santiago*

La señora Engracia pasó con su taconeo garboso cerca de las seis de la tarde, como siempre. El golpeteo de los tacones contra el suelo de la banqueta hizo que Luis levantara automáticamente la vista de las páginas de su libro. Le gustaba mucho la manera en que la falda revoloteaba alrededor de las pantorrillas apretadas de la señora, y el ritmo que marcaban los tobillos al adelantar el pie para dar un paso. Las arracadas en sus orejas y las pulseras en las muñecas bailoteaban al mismo son, aunque no así su pecho, notorio a pesar de la discreción del escote, que se movía tan acompasadamente como si estuviera dormida.

–Adiós, Luis –dijo la señora Engracia aminorando el paso.

–Buenas tardes, señora Engracia –respondió.

–¡Qué estudioso! Espero que saques puros cienes.

–No, si no estoy estudiando –respondió sonrojado–, nomás estoy pasando el rato.

–Ah, pues qué bien. Qué bueno que estás leyendo y no haciendo escándalo, como tus hermanos. ¿Y qué, van a tener su jolgorio, como todos los sábados?

–Pues... –titubeó el chiquillo– parece que sí.

–Hombre, pues espero que se diviertan. Pero por favor, pídele a tu mamá que acueste temprano a tu papá, porque esta es una noche especial y tengo visitas. O cuando menos, dile de mi parte que cuide el volumen de la música. Me gustaría cenar tranquila con mi gente.

–Sí, señora Engracia, cómo no –respondió Luis tragando saliva–, yo le paso el recado con mucho gusto.

La señora Engracia le dedicó una sonrisa dulcísima, o al menos así se lo pareció a Luis. Se alejó por la banqueta rumbo a la parada del camión haciendo resonar sus pasos rítmicos y el chico, como siempre, se asomó por la verja para echar una mirada a aquella mujer tan agradable y bonita.

Como siempre que veía pasar a la señora Engracia, Luis se llevó la mano al bolsillo del pantalón. Continuó su lectura.

–A ver si ya te pones a hacer algo útil –le dijo desde dentro de la casa Luisa, su mamá, que, a través de la persiana, no había perdido un detalle de la conversación. –Ya deja de mirarle el culo a esa resbalosa y vete a comprar el hielo. ¡Órale, muchacho cabrón! Deja ya tu mugre libro y vete a la tienda.

–Ya voy, mamá –respondió Luis sin mucho entusiasmo.

Luis dejó su libro con un suspiro y entró a la casa para recoger el dinero del hielo. El porche ya estaba regado para la reunión, y el asador limpio. Chente, su



Sin título

*Licenciada en Letras Españolas por la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL y maestranda de la Maestría en Educación Superior de la UMM. Es docente de lengua, literatura y humanidades con amplia experiencia, especializada en habilidades de lectoescritura en los niveles Medio Superior y Superior. Actualmente es maestra en la Preparatoria Núm. 3 de la UANL.

hermano mayor, ya había llegado con los niños y con Jenny, quien a pesar de su embarazo tan avanzado sonreía mucho. Ya se había tomado algunas cervezas con Vicente, su papá. Hacía como una hora que el vecino había ido a pedirle a Chente que estacionara su camioneta en otro lado, para poder meter su carro en la cochera, pero Luisa había salido muy majadera a decirle al pobre hasta de lo que se iba a morir y a rematar con que la calle es libre y del primero que llegue. Al final salió Chente y movió unos metros la camioneta, se metió y prendió el estéreo a todo volumen.

Luis regresó con el hielo y se metió a su cuarto. Como las ventanas se cimbraban con el ruido y los bajos del estéreo, y como desde el patio del vecino se oía al pobre gritar insultos y amenazas, Luis mejor se salió al porche a leer.

—¿Todavía no terminas de hacer la tarea? —preguntó Luisa cuando entró el muchacho.

—La terminé ayer, mamá.

—Ah, bueno, pues entonces te dejas de perder el tiempo y te vas de nuevo al súper. Traes otra bolsa de hielo, un litro de aceite y unos cerillos de madera, porque a Chente se le olvidaron.

—Sí, mamá.

—Y que no te vuelva a ver hablando con esa piruja. Ya sabe la desgraciada que me molesta mucho que te hable.

—Sí, mamá.

Cuando la señora Engracia pasó de regreso ya era noche cerrada y las farolas estaban encendidas. Miguel y Rosario, hermano y hermana de Luis, ya habían llegado con sus respectivas proles y el porche era un alegre alboroto donde los chiquillos corrían, las botellas de cerveza se volcaban, el humo del asador hacía volutas al viento y la música atronaba sin compasión. La señora Engracia iba tomada del brazo de un hombretón alto y esbelto, muy guapo, con un tremendo puro en la boca, vestido de negro y con un sombrero texano coronándole la cabeza. Luis lo miró receloso, y la señora Engracia, que se dio cuenta, le sonrió brevemente y le saludó con la cabeza. El hombre de negro lo miró también, un poco socarrón.

Luis desvió la mirada de inmediato, cogió su libro y se llevó como siempre la mano al bolsillo de su pantalón. La pareja desapareció en la entrada de la casa de Engracia.

—¿A poco ya tiene querido la piruja esa? —preguntó Vicente.

—Pues quién sabe —respondió Luisa—. No le había visto hombres desde que se le murió el marido.

—Ya pasó el tiempo —dijo Rosario—, ya sería hora de que se consiguiera un fulano. A ver si con eso se distrae y deja de ponernos gorro. Siempre viene a molestarnos con que le bajemos a la música.

—Vas a ver que ahorita viene —dijo Miguel entre bocanadas de humo—. Y si está muy entretenida con el tipo ese, la hacemos venir, no hay problema.

Y enseguida Miguel aumentó el volumen del estéreo.

Luis se hundió en la mecedora, nervioso por el ruido y porque sabía que estaban molestando a la calle entera. Generalmente, cuando iba a la carnicería los domingos por la mañana a comprar la barbacoa, los vecinos lo miraban rencorosos desde sus jardines, y algunos dirigían el chorro de agua de sus mangueras hacia donde él pasaba. Nunca se había atrevido a reclamarles o a confesarles que a él también le fastidiaban mucho esas reuniones. Le daba vergüenza, y sabía que no le iban a tomar en cuenta el gesto de buena voluntad. Pero lo que realmente temía era que la señora Engracia llegara, como siempre, a pedirles que bajaran el volumen de la música, y que su madre, como siempre, la despidiera con una serie de palabrotas tan terribles como inmerecidas. La señora Engracia nunca contestaba de mala manera; sólo reiteraba su petición, los encomendaba al Señor y daba media vuelta rumbo a su casa. Y como siempre, Luis recibía de su madre un regaño por mirarle el trasero.

—¿Les conté que el cabrón de mi jefe va a correrme? —dijo de pronto Rosario, con voz malhumorada—. Me paso el día trabajando como esclava, tratando a los clientes como reyes. Pero el lunes fue a decirme que no le gustaba mi manera de dirigirme a ellos y que a fines de mes me iba a liquidar. Quién sabe qué mosca le picó.

—Qué cosas —dijo Chente—. Yo también tuve un problema en el trabajo. Me chocaron la camioneta repartidora el lunes, y el desgraciado que me chocó se fue a la chingada. A mí no me van a correr, porque le sé unas cositas al supervisor, pero dice que me van a cargar los gastos del seguro. Y bueno, en muy mala hora, con Jenny a punto de parir.

—¡Caramba! Pues qué mal nos caen los lunes, porque yo también tuve un detalle en el banco, —dijo Miguel.

—¿Qué, te pescaron en la movida? —se burló Vicente.
—Bájale, 'apá; si no hice nada malo. Se cayó el sistema y dicen que fue porque estaba viendo el correo en mi computadora. Que dicen que entró un virus. Nomás me regañaron, pero delante de todos, y eso da vergüenza...

—Buenas noches, doña Luisa, —se oyó saludar desde la verja a la señora Engracia, muy amable y del brazo del texano— ¿cómo le va?

—Chin... ya llegó esta piruja —dijo en voz alta Luisa—. ¿Qué se te ofrece aquí, mujer? ¿Qué no tienes visitas? Yo que tú ya lo estaría emborrachando, a ver si así me empanzona y me mantiene.

Vicente soltó una risita clueca, de borracho rematado. Chente, Miguel y Rosario lo secundaron. Luis la miró apenadísimo, y de inmediato volteó la cara enrojecida a otra parte. La señora Engracia no perdió la compostura ni dejó de sonreír con beatitud.

—Señora Luisa, vengo a pedirle que por favor baje un poco el volumen de la música. Mire usted, yo también tengo visita, y como vivo al lado de su casa, el ruido es muy fuerte. No podemos platicar a gusto.

—Qué mujer tan bruta —dijo Rosario—, nomás está platicando, —y soltó una risotada.

—Estoy segura que con la música un poco más baja conservarán la alegría y el ambiente de la fiesta, y en cambio, me harían ustedes la noche mucho más agradable.

—¿Qué dice? —gritó Chente, subiendo el volumen— ¡No la oigo, hable más fuerte!

Y todos, con excepción de Luis, soltaron la carcajada.

La señora Engracia miró con serenidad al texano. Le musitó algo que se perdió en el fragor del ruido. El texano torció la boca, se sacó el puro y aventó una bocanada espesa de humo. Le pasó el cigarro a Engracia, quien le dio una bocanada breve y la exhaló.

—Señora Luisa, ¿harán menos ruido?

Como respuesta, Chente aumentó el volumen a niveles trepidantes.

La señora Engracia le dio otra chupada al puro. Exhaló de nuevo y sacudió la ceniza de la punta del puro a través de la verja, en el porche. Luis se alarmó. Era la primera vez que la señora Engracia

respondía a las groserías de la familia con un gesto desagradable.

—Bueno, señora Luisa, como quiera usted. Que el Señor le retribuya sus amabilidades.

Y, devolviendo el puro al texano, dio media vuelta tomada de su brazo y regresaron a la casa. Luis, quieto y pensativo, los miró alejarse a la luz de las farolas.

—Encomiéndate tú al Señor, cabrona, a ver si te concede que este sí caiga. —Y soltó una risotada que su esposo e hijos respondieron alegremente.

—Chente —dijo Jenny en voz baja—, vámonos a la casa. No me siento bien.

—¿Qué tienes? —preguntó Chente alarmado.

—No sé. Me duele la cabeza y tengo el estómago revuelto.

—Nomás eso faltaba, que se te viniera la criatura ahorita —dijo Luisa.

—Ay, señora, pues qué pena, pero me siento mal.

—Ya, no pasa nada. Vámonos a la casa para que descanses. Se te va a pasar el malestar en un rato. A lo mejor hasta nos podemos regresar —dijo sonriente—. Nos vamos, 'amá. Mañana le hablo. Ahí me cuentan de qué platicaron.

—Ande m'ijo. Se va con cuidado.

Y Chente se fue con Jenny y los niños, en medio de la algarabía y la música. Luis se quedó mirando melancólico la estela de las luces traseras de la camioneta y luego en dirección de la casa de la señora Engracia. Subió los pies a la mecedora y, acurrucado, siguió leyendo bajo la luz tenue de las farolas.

A la mañana, cuando se levantó a lavarse para ir por la barbacoa, Luis vio que su mamá ya estaba vestida y lista para salir. Se le quedó mirando, sin querer preguntar qué pasaba, pero al fin Luisa fue la que habló y le explicó.

—Jenny ya está en el hospital, con complicaciones —dijo—. Tu papá, que se fue temprano a hacerle compañía a tu hermano, dice que está muy mala. Yo me voy a casa de Chente, a cuidar a los niños.

—Ah. ¿Te acompaño?

—No. Mejor quédate, por si Miguel o Rosario llaman. Ahí les avisas. En la mesa está el dinero de la barbacoa. Cómprala y te desayunas.

—Si voy a estar solo, mejor me hago un confleis. Así

no tengo que salir.

–Pues como quiera vas a tener que ir a la tienda, porque la leche está cortada.

–Ah... bueno. Entonces desayuno lo que haya. No te preocupes, mamá.

Y Luisa salió tan apresurada hacia la parada del camión, que ni se dio cuenta de las plantas secas en las macetas. Luis escuchó sus pasos alejarse y suspiró. Se sirvió un vaso de jugo de naranja, que le supo mal, y fue a sentarse en su mecedora, con su libro en la mano. Al poco tiempo, los pasos y las pulseras de la señora Engracia se escucharon repiquetear.

–Buenos días, Luis.

–Buenos días, señora Engracia.

–Qué bien que sigas leyendo. Me gusta que seas un muchacho de provecho.

–Gracias, señora Engracia. Que pase un bonito día – respondió Luis llevándose la mano al bolsillo derecho de su pantalón, olvidándose de que llevaba el pijama. Por un momento se puso pálido. La señora Engracia sonrió.

–Luis, el hierro sólo sirve para ahuyentar a los duendes. No te preocupes, me caes bien.

Y sonriendo, siguió su camino hacia la encrucijada donde estaba la parada del camión.

Luis subió corriendo a su cuarto, buscó su pantalón y sacó del bolsillo una pequeña herradura de pony, muy oxidada. La sostuvo un momento en su mano y luego la dejó a un lado, en la mesa, junto a su diccionario de seres mágicos, pensando en que, efectivamente, las diferencias entre un duende y una bruja debían ser enormes. Luego pensó en sus hermanos, sus papás y sus fiestas de los sábados por la noche, en lo inconveniente que fue celebrar una tan ruidosa la noche del 30 de abril al 1 de mayo y en si alguien más de la cuadra, además de él, habría notado que la señora Engracia no tenía sombra. Le constaba que lo único que todos le miraban eran las nalgas.



Torito